

¿Bolívar o Santander?: disputa estéril. Hacia una reconciliación histórica en pro de la utopía de América Latina

DAMIÁN PACHÓN SOTO*

Fecha de recepción: Mayo 2010

Fecha de aprobación: Septiembre 2010

Resumen

En este artículo de carácter argumentativo se muestra que las usuales contraposiciones entre Simón Bolívar y Santander corresponden más a la historia típica de los países latinoamericanos en el siglo XIX que a los hechos históricos reales. En consecuencia, se demuestra que fue la historiografía partidista y política la que creó una lectura sobre los dos héroes nacionales para resaltar los méritos de cada bando y cada partido. Sostengo que una mirada más detallada a los hechos ocurridos entre 1821 y 1828 permite entender mejor cuáles fueron las causas reales que llevaron al distanciamiento entre los dos próceres. Por último, se propone que de hecho el logro de la unidad latinoamericana es más factible si se unen los ideales de Bolívar y Santander.

Palabras clave: Bolívar, Santander, historiografía, Latinoamérica, partidos. sociedad burguesa.

* Abogado, Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Filosofía Latinoamericana, Universidad Santo Tomás. Profesor, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Santo Tomás, Bogotá.

Bolivar or Santander? – An Unfruitful Dispute and a Historical Reconciliation Towards a Latin American Utopia

Abstract

This paper shows that usual contrasts between Bolivar and Santander are consistent primarily with the typical Latin America history in the nineteenth century rather than to the actual historical facts. Accordingly, it shows that it was partisan and political historiography that created a perspective different on those two national heroes to highlight the virtues of each side and every party. I think that a closer look at the events between 1821 and 1828 can help to understand the real facts that led to an eventual rupture between them. Finally, in fact we propose an expected and real Latin American union whether coupled ideals of Bolivar and Santander.

Keywords: *Bolivar; Santander; historiography, Latin America, political parties. society.*

Bolívar ou Santander? Uma disputa estéril. À uma reconciliação histórica em prol da utopia da América Latina

Resumo

Este artigo mostrará que as contraposições entre Simão Bolívar e Santander correspondem mais a história típica dos dois países latino americanos no século XIX que aos fatos históricos reais. Em consequência, se demonstrará que foi historiografia partidária e política que criou uma leitura sobre os dois heróis nacionais para ressaltar os méritos de cada bando e partido. Ver-se aqui que uma olhada mais detalhada dos fatos ocorridos entre 1820 e 1828 permite entender melhor quais foram as causas reais que levaram ao distanciamento entre os dois heróis. Por tanto, propõe-se que o fato o alcance da unidade latino americana é mais viável se houver uma união de ideais entre Bolívar e Santander

Palavras-chave: Bolívar, Santander, historiografia, América Latina, partidos.

Presentación

Al parecer, la definición de la política como la relación amigo-enemigo que legó a España y a estas tierras el devoto Donoso Cortés —y que acogió el asesor constitucional de Hitler, el señor Carl Schmitt— ha campeado en Colombia desde la fundación de la República. Esa visión “policíaca y arzobispal” ha sido la responsable de crear una disputa que, a mi parecer, es francamente peregrina: la oposición partidista entre Simón Bolívar, “el Libertador”, y el general Francisco de Paula Santander, el “Organizador de la victoria” y el “Hombre de las leyes”. Así, se ha generado una polémica que implica a aquellos hombres que fueron primero amigos y que luego, por diversas circunstancias, rompieron ese divino lazo. La disputa ha sido vista como una contienda de héroes, de genios, de egos y otros delirios más. Y tal oposición corresponde más a una mentalidad partidista que a un apego realista a los hechos históricos.

El objetivo del presente escrito es mostrar, en primer lugar, que la oposición entre Bolívar y Santander que se hace entre la gente del común —los legos— y en algunos círculos académicos y políticos, oposición que implica ensalzar al uno y denigrar al otro, en restarle mérito a Santander y otorgárselo a Bolívar o viceversa, se debe a una construcción historiográfica partidista, a una historia que podemos llamar “bachilleratesca”, una “historiografía patrioter” que se cultivó en Colombia desde el siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX y que se encargó de crear identificaciones entre Bolívar, Santander, los ciudadanos y los dos partidos políticos tradicionales que han gobernado al país por más de 150 años; en segundo lugar, mostraré que es posible señalar una visión equilibrada que comprenda en sus *justas medidas el papel y la grandeza de cada uno de ellos*, así como los hechos concretos que los llevaron a la ruptura de su amistad y que pueden ser situados entre 1821 y 1828.

Por último, es válido aclarar que este escrito no contiene una revisión exhaustiva de la copiosísima bibliografía existente sobre Bolívar en América Latina, ni sobre la de Santander. Es una lectura que se apoya en algunos estudios hechos en Colombia y que se pone “por encima de ellos”, en el sentido de que busca una “re-conciliación”, una síntesis amable que supere el sectarismo en el que ha sido enfrascada la discusión sobre estos dos próceres, así como *en una visión amplia de los contextos* que se aleja de la minucia anecdótica y detallada para reconstruir “una totalidad”, la cual será —valga decir de paso— siempre incompleta. Así las cosas, en este ensayo se considera que la conciliación nacional es un *desiderátum* para la Colombia del siglo XX y que en las circunstancias actuales en que se encuentran Colombia y América Latina en general el

espíritu grande de Bolívar y su utopía de la unión latinoamericana, así como el proyecto educativo de Santander y el respeto que prodigaba a las instituciones que representaban los acuerdos nacionales, son vigentes en estos años cuando conmemoramos el bicentenario de la Independencia. En este sentido, se hará, en una tercera parte, una reflexión final sobre América Latina, leída desde los aportes de Bolívar y Santander.

1. La historiografía como “carta de batalla”

En su magistral *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) el historiador argentino José Luis Romero sostiene, al referirse a las Constituciones del siglo XIX: “La misma inestabilidad social prestaba un valor mágico a las Constituciones sancionadas de manera solemne [...] Se luchó por las Constituciones con ensañamiento, y la prenda de la victoria fue a veces imponer una de ellas”¹. Esta comprobación, la de que “la prenda de la victoria fue a veces imponer una de ellas”, que también hizo Alfredo Vázquez Carrizosa en su libro *El poder presidencial en Colombia*², fue la que el constitucionalista colombiano Hernando Valencia Villa llamó “Cartas de batalla”, esto es, el uso de las Constituciones como armas para atacar a la oposición y a sus intereses. Las Constituciones se usaron como “guerrilla ideológica” y el derecho se convirtió en “gramática de la guerra”. Por eso cada partido, una vez subía al poder, cambiaba la Constitución. Sin embargo, al uso de la Constitución como garrote que caracterizó el quehacer político en el siglo XIX colombiano habría que agregar otra arma: la historiografía y el uso ideológico de ella.

No hace falta recordar a Francis Bacon y su *Novum Organon* (1620), donde relacionó el saber con el poder, para percatarse de que el dominio sobre el recuento del pasado es en sí mismo un poder sobre lo que “es” el presente, una forma de delinearlo, explicarlo... controlarlo. El dominio del pasado por una élite o un grupo implica poseer la capacidad de nominar los sucesos, los acontecimientos. Siempre será una especie de “refundación”, una vuelta al momento fundacional, a los orígenes. De esta forma se crea una determinada genealogía del presente donde se resaltan algunos hechos y, correlativamente, se ocultan otros.

En el siglo XIX la historiografía, lo mismo que las doctrinas filosóficas y jurídico-políticas, se utilizaron ideológicamente. La historia en esa época se

¹ Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, 203.

² Vázquez Carrizosa, Alfredo, *El poder presidencial en Colombia*, 12.

puso al servicio de la construcción de nación. Fue, en sí misma, una radiografía de la nación. Por eso tienen razón Santiago Castro-Gómez y Julio Arias cuando en su investigación *Genealogías de la colombianidad* sostienen “foucaultianamente” que la nación antes que ser una realidad histórica homogénea fue una construcción discursiva de las élites³. En efecto, en el siglo XIX la historia sirvió a cada uno de los partidos para resaltar distintos aspectos del pasado. Por ejemplo, un conservador como Miguel Antonio Caro utilizaba la historia para resaltar el hispanismo y la proeza que en sí misma significaba la conquista de América, mientras que un liberal como José María Samper dedicaba en su libro *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (1861) unas buenas páginas para culpar a España de todas nuestras desgracias; lo mismo hacía su hermano Miguel Samper en su libro *La miseria en Bogotá* (1867), para sólo citar algunos ejemplos. Este aspecto —el de la relación entre historiografía y nación— no se reduce a Colombia, es decir, no es un problema local, sino continental, e incluso europeo. Sostiene Romero:

En los países latinoamericanos [...] los estudios históricos se desarrollaron intensamente en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de causas encontradas y diversas. Sin duda los cultivaron ciertas minorías cultas, de muy fina formación instrumental e impregnadas de pensamiento europeo. Pero sólo en parte fue una pura actitud científica la que las movió a dedicarse a la investigación histórica, como se advierte si se observa que ninguno de los miembros de esas minorías se sumió exclusivamente en ella. Tanto como la pasión del conocimiento, o acaso más, las movió cierta militancia política, tanto en sentido lato como en sentido estricto. Y de esa confluencia de motivaciones obtuvo el saber histórico cierta inobjetable gravitación⁴.

La cita anterior es clara: en América Latina la historia nace más por motivos políticos que por un amor “desinteresado y libre” a la investigación de los hechos pasados. No se trataba de un “conocimiento amplio y detallado” de lo que fue, sino de ideologías. Esa motivación hizo que en nuestro país, por ejemplo, la “historia política” se impusiera a la “historia social”. Ésta última apareció tan sólo a finales del siglo XIX. Ahora, la “historia política” está íntimamente ligada al nacimiento de los partidos políticos en Colombia y fue la que se difundió en las escuelas, y se sigue difundiendo. Es la “historia bachilleratesca”

³ Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (comps.), *Genealogías de la colombianidad*, 20-21.

⁴ Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en América Latina*, 8; 167 y ss.

mencionada atrás. Una historia mayoritariamente política, que resalta hechos heroicos, datos, anécdotas, fechas, grandes hombres, etc., soslayando los contextos socioeconómicos, los grupos sociales, su composición económica, sus intereses, hábitos y mentalidades, así como las correlativas tensiones entre ellos. Esa historia colegial era una historia pobre en sus ambiciones y sus métodos y perduró en Colombia hasta 1940, cuando empiezan a aparecer estudios como *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1941), de Luis Eduardo Nieto Arteta, así como los estudios del profesor Jaime Jaramillo Uribe, en especial sus *Ensayos de historia social colombiana* (1968).

Mario Arrubla —quien con su libro *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* (1964) ayudó a superar la vieja historiografía— escribió en la segunda mitad del siglo pasado:

En Colombia, hasta hace muy poco, escribían únicamente los miembros de las clases dominantes o los de estratos medios, los primeros para confirmar que sus privilegios sociales eran solidarios de un privilegio espiritual, los segundos para, sobre la base de la misma equiparación, acreditar sus títulos de inscripción en los grupos más altos⁵.

Esto es lo que el autor llama “paternalismo del espíritu”, el cual es sólo una muestra más de nuestra tradición señorial y de nuestro “Estado de casta” (Antonio García). Es decir, las “minorías cultas” también utilizaron la historia como factor de prestigio social y, por supuesto, para ratificar y exhibir con propiedad su prosapia o, lo que es lo mismo, la monarquía que cada latinoamericano lleva en la cabeza y que se legitima con *títulos*.

Como ya se advirtió, este modelo de historiografía estuvo vinculado a los partidos políticos. De tal manera que cuando éstos surgieron a mediados del siglo pasado, el uso ideológico de la historia fue una de sus armas. En este sentido, “el caso Bolívar-Santander” quedó adscrito a ese modelo historiográfico. Todo se explica mejor si se entiende que en el siglo XIX se creó y aceptó un mito falso: el de que el Partido Conservador se había originado de las huestes y seguidores que compartían el ideario de Bolívar, y que los seguidores de Santander habían formado el Partido Liberal. Hoy ya ningún historiador serio acepta esas tesis trasnochadas, entre otras cosas porque el actuar de los políticos de la época (como los de hoy), se basaba en el oportunismo, y porque muchas

⁵ Arrubla, Mario, “Presentación”, en *Colombia hoy*, 8.

veces cambiaron de bando; o algunas veces fueron simpatizantes ideológicos de Bolívar y luego resultaron en el otro partido. Los casos de Mariano Ospina Rodríguez y Pedro Alcántara Herrán son ejemplares. La vinculación de bolivarianos y conservadores, y liberales y santanderistas, es errónea entre otras cosas porque: “Al lado de Santander militaron ilustres granadinos que después se han tenido como conservadores: José Ignacio de Márquez, Joaquín Mosquera, Rufino José Cuervo”⁶. Por su parte, el término liberal en estas primeras décadas nada tiene que ver con un partido. Dice Abel Cruz Santos, de la Academia Colombiana de Historia:

El término liberal lo utilizaron nuestros libertadores a todo lo largo de la gesta emancipadora, para distinguirse de los “serviles”, así llamados los que militaban en las huestes de los españoles. Pero en esa época no se había configurado una colectividad política con ese nombre. Y en el Partido Conservador, si nos atenemos a su más autorizado exégeta, don Mariano Ospina Rodríguez, no existe ninguna relación entre bolivarianos y conservadores⁷.

Santander practicó el más estricto liberalismo, en el sentido doctrinal; Bolívar lo hizo a su manera, pues también estaba influenciado por las ideas liberales europeas de la época; por su parte, y por paradójico que parezca, es más fácil ligar a Santander con el conservatismo, debido a su apego religioso a la ley establecida. Dice el profesor Luis López de Mesa en su libro *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*: “Liberal fue el granadino porque amó las ideas, el progreso y la rectitud de la justicia, y conservador el caraqueño en cuanto aspiró siempre a la suma solidez de las jerarquías”⁸. Es decir, hay en el pensamiento de Bolívar y Santander ideas liberales y conservadoras, pero esto no puede dar pie para que se los relacione como fundadores del bipartidismo.

La historiografía patrioter que surgió en la segunda mitad del siglo XIX se encargó de hacer esta inadecuada asociación. De ahí en adelante los conservadores odiaban somáticamente a Santander y algunos liberales odiaron visceralmente a Bolívar. Pensaron así quienes interiorizaron el dogma del partidismo, un partidismo no moderno, pues no eran instituciones programáticas que representaran los intereses del pueblo, sino una Iglesia más. La estructura

⁶ Cruz Santos, Abel, Santander. *El militar, el gobernante, el político*, 109.

⁷ *Ibíd.*, 108.

⁸ López de Mesa, Luis, *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, 146.

de los partidos asumió el paternalismo de la hacienda, un paternalismo que se remonta a las primeras encomiendas, tal como lo mostró magistralmente Fernando Guillén Martínez en su libro injustamente olvidado *El poder político en Colombia* (1979). La vinculación a los partidos reproducía la vida señorial, creó formas de ascenso vertical basadas en el patronazgo, la amistad, las lealtades hereditarias, la actitud autoritaria del mecenas, el mimetismo, el oportunismo, la simulación y, lo que es peor: “El nacimiento de una solidaridad adscripticia y hereditaria entre los miembros de la asociación hacendaria, proyectada luego a toda la sociedad y sus instituciones”⁹. Es decir, no se pertenecía a un partido por el “libre discernimiento” o por el bienestar público que sus programas pudieran gestionar, sino por herencia. Se nacía ya en un partido político y así se heredaban los odios y las pasiones entre los bandos y las familias. Esto es lo que se llama “adscripción hereditaria”, una adscripción que duró hasta la segunda mitad del siglo XX y que es la responsable de la Violencia surgida a partir de 1948 entre los dos partidos en Colombia, violencia campesina atizada por los burócratas urbanos.

Esta conformación de los partidos y sus distintas prácticas influyeron en la familia y en la escuela, donde la “historia bachilleratesca” reproducía los prejuicios y las adhesiones y lealtades históricas. En ese ambiente, la imagen de Bolívar y Santander quedaba sometida al vaivén de las opiniones, de las sectas y los dogmas. Así se formaron millones de colombianos. Estas prácticas atentaron, desde luego, contra una mejor historiografía, una historia que se acercara “a las cosas mismas” del pasado. Así se mantenía y proliferaba el atraso mental e intelectual en Colombia.

Ahora, lo anterior no quiere decir que no hayan existido liberales bolivarianos o conservadores santanderistas. Fue sólo la tendencia difundida en las masas y a las cuales no escaparon algunos intelectuales. La prueba de la forma como la oposición entre estos dos hombres se difundió la encontramos en las obras de algunos académicos connotados en Colombia. Algunos de esos intelectuales han sido historiadores; con todo, en este caso, la serenidad, el rigor, el método, el amor “desinteresado por el saber” también sucumbieron ante las pasiones, ante la visión de la política (también en la interacción social cotidiana) como la relación amigo-enemigo. Veamos con algunos pocos ejemplos el trato que algunos ilustres nombres de la República de Colombia le han dado al “caso Bolívar-Santander”.

⁹ Guillén Martínez, Fernando, *El poder político en Colombia*, 231.

José María Samper fue uno de los grandes liberales del siglo XIX en Colombia. Un férreo opositor del conservatismo y defensor y practicante del liberalismo radical que gobernó en Colombia desde mediados de siglo. Con todo, a partir de 1878 Samper inicia la crítica contra los desmanes del radicalismo. Él terminó firmando el proyecto conservador en 1878 con el que el conservatismo recuperó el poder con Núñez. Samper fue, entre otras cosas, un duro crítico de la economía colonial, del papel de España en América, y consideró las pretensiones monárquicas de los seguidores de Bolívar —ya hacia el final de su vida pública— como un claro regreso a la Colonia. Por eso sostuvo que la conspiración del 28 de septiembre es la expresión de “la desesperación de un pueblo humillado por la más insolente oligarquía de los advenedizos y la de las nulidades políticas, (...), la más legítima de cuantas se han cumplido en la Nueva Granada después de la Independencia”¹⁰. Este juicio de un intelectual de la talla de Samper puede parecer excesiva, pero refleja fielmente el espíritu partidista que se había originado ya en la República; un partidismo donde las figuras de Santander y Bolívar empezaron a ser fundamentales.

Hacia 1925 apareció el libro más polémico que se ha publicado sobre Bolívar; el autor fue un atrevido historiador de Pasto, el filósofo y jurista José Rafael Sañudo, un intelectual de gran calado cuya obra *Filosofía del derecho* (1928) fue elogiada y reconocida por el jurista italiano Giorgio del Vecchio. El libro del señor Sañudo se titulaba *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Sin duda alguna el origen del autor levantó suspicacias: era de Pasto, un pueblo reconocido por sus diferencias y oposición al Libertador Simón Bolívar durante la Independencia, de tal manera que los bolivarianos tuvieron un lugar seguro desde donde disparar. Y así lo hicieron. Esto llevó a que se lo persiguiera “con sevicia por parte de académicos, periodistas y hasta políticos, quienes lo consideraron como un ‘hijo indigno de Colombia’. Algunos se dedicaron a recoger los ejemplares de la edición y otros incluso llegaron a pedir la horca para el osado historiador”, se dice en los estudios preliminares del libro.

El prólogo del libro lo escribió el popular Luis Eduardo Nieto Caballero (Lenc). Es un prólogo que, a pesar de sus críticas al autor, se considera ecuanime. Inicia con las siguientes palabras: “Ninguna palabra calificaría tan bien al doctor Rafael Sañudo como su propio apellido”¹¹, esto es, la saña. Y agrega

¹⁰ Citado por Salazar Ramos, Roberto J., “Romanticismo y positivismo”, en *La filosofía en Colombia*, 244.

¹¹ Sañudo, José Rafael, *Estudios sobre la vida de Bolívar*, 27. Véase el “Prólogo” de Lenc.

más adelante: “es un libro cruel, un libro hecho de mutilaciones de una vida, que en cada una de sus hojas deja un camino de sangre. Nada conmueve al autor. El corazón está ausente. Y es horrible, porque ni un criminal merece crítica tan despiadada”. Con todo, Lenc recomienda, para juzgar correctamente los juicios sobre Bolívar que contiene el libro: “el cuidadoso examen de las circunstancias”.

En el libro Sañudo denunció el mito que se había creado alrededor del personaje: el azar que lo acompañó en sus glorias, su crueldad para con algunos amigos y sus enemigos, su orgullo, su vanidad, sus deseos de gloria, su tendencia a mentir desafortadamente¹². Ese mito ocultaba los crímenes y otros hechos no menos relevantes que llevaron al enaltecimiento exacerbado de Bolívar. Sólo de esta forma se escribió una historia para “el provecho de los niños”¹³, escribía el autor en 1931, tras la segunda edición del texto. Sañudo siempre supo que su libro era polémico y que causaría estruendo en el sectarismo colombiano, por eso dijo: “el arriscado estrépito del fanatismo ha de tachar mi obra”¹⁴. Sañudo confiaba, por otra parte, en que una historiografía más seria en el país alumbrara la verdad sobre el tan afamado héroe nacional, Padre de la Patria.

Por último, hay que decir que encontramos en Sañudo una mejor apreciación sobre la vida y obra de Santander y de sus colaboradores, pero este hecho no ha demeritado la rigurosidad investigativa y bibliográfica que se le ha reconocido al libro. Hoy se sabe que Sañudo fue un hombre culto, políglota, que se movía entre varias disciplinas; un “sabio” como dijo Germán Arciniegas, según relata Vicente Pérez Silva (ibid., 24). El autor no era, pues, un improvisador, ni un principiante. Eso lo demuestra el propio libro en sus más de 500 páginas, páginas que, sin embargo, dejan entrever claramente la unilateralidad de los juicios sobre el Libertador.

Quince años después de la publicación de *Estudios sobre la vida de Bolívar*, el incendiario autor antioqueño Fernando González publicó su libro Santander (1940), donde se proponía desenmascarar al “Organizador de la victoria”. González Ochoa, reconocido por ser un precursor de la secularización en nuestro país y, en ese sentido, de favorecer el ingreso de la filosofía moderna en Colombia; célebre inspirador de Estanislao Zuleta, Gonzalo Arango y los llamados nadaístas; autor de obras literarias con tintes filosóficos; pseudolector de Nietzsche,

¹² Ibid., 547.

¹³ Ibid., 85.

¹⁴ Ibid., 559.

entre muchas otras glorias, también fue seducido por un mal nacional: crear héroes. Antes de su libro sobre Santander ya había publicado su sentimental *Mi Simón Bolívar* (1930). La posición de González era expresión de la mentalidad schmittiana, donde sólo existe la política entre bandos opuestos, donde la política es, de por sí una contraposición basada en el famoso lema cristiano según el cual el que no está conmigo está contra mí. Por eso cuatro años antes de 1940 ya había manifestado su animadversión por el general Santander. En *Los negroides* (1936) había sostenido que el “Hombre de las leyes” era un “Genio de la ley, es decir, que cubría con ésta todos sus actos, por monstruosos que fueran”¹⁵. En esta apreciación del antioqueño, el genio jurídico e ilustrado de Santander se convierte en ropaje del delito, del crimen y la conspiración. La ley se convierte en una excusa, un escudo que permite esconder los ocultos deseos, intereses y ambiciones personales de alguien que supo ganarse la buena voluntad de Bolívar. Con todo, la apreciación del llamado “filósofo de Envigado” no es parcial, es sentimental y sectaria; incendiaria como era él, que puede rebatirse desde la obra de un historiador profesional que le haya puesto más atención a los hechos que a los prejuicios.

Un episodio reciente que da muestra de una mirada sectaria sobre “el caso Bolívar-Santander” lo encontramos en el libro póstumo del maestro Rafael Gutiérrez Girardot. En *Tradicción y ruptura*, en un ensayo titulado “El Bolívar de García Márquez y su actualidad”, sostiene que tras la aparición en 1989 del libro *El general en su laberinto*, del Nobel colombiano de literatura, el director de la Academia Colombiana de Historia, el reconocido profesor Germán Archiniegas, a quien Gutiérrez no le profesaba sus afectos, había citado una junta para dictaminar la exactitud histórica de la novela de García Márquez. Desde luego, para Gutiérrez eso era un exabrupto producto del sectarismo anticomunista de “Archiniegas” (como le decía), quien creyó que el libro era un homenaje de Gabo a Fidel Castro. Además, y es la razón más importante, que los vastos conocimientos de crítica literaria de Gutiérrez lo autorizaban a decir: “¿Cómo es posible crear con ello un falso problema teórico-literario, esto es, el de la relación entre recreación novelesca de una figura histórica y los hechos históricos y objetivos en que se funda esa relación?”¹⁶. Sin duda, Gutiérrez tiene razón en afirmar que una novela, donde la imaginación del autor y la ficción es importante, no puede ser sometida a los cánones de la historiografía, pero

¹⁵ González Ochoa, Fernando, *Los negroides*, 111.

¹⁶ Gutiérrez Girardot, Rafael, “El Bolívar de García Márquez y su actualidad”, en *Tradicción y ruptura*, 204.

en lo que no tiene razón es en adoptar la actitud extrema de caer en el bando contrario a pesar de su reconocido bolivarianismo: el de juzgar de leguleyos y formalistas a los santanderistas y a todos aquellos a quienes —según él— les quedó grande “la unidad de América”¹⁷. Esta actitud calenturienta —a la que era tan propenso el crítico colombiano— lo llevó a afirmar que Santander “era, más bien un hombre profesionalmente mediocre, sin duda el más mediocre de los latinoamericanos que viajaron a Europa en el siglo XIX”¹⁸, una afirmación francamente sin asidero¹⁹.

Las anteriores son unas pocas muestras de los múltiples debates que el “caso Bolívar-Santander” ha originado en los dos siglos pasados. Un debate donde el ejercicio crítico y libre del pensamiento ha estado sometido por las banderas del bipartidismo, el sectarismo gregarista, las pasiones desbordadas heredadas adscripticiamente de odios y prejuicios pasados. Estos excesos, propios de una sociedad escindida, surcada por las diferencias y los intereses de los sectores dominantes, han permeado desde la academia y la alta cultura, siempre ávida de pergaminos, hasta las clases populares, que poco se han beneficiado de esas adhesiones históricas.

2. Las tensiones entre Bolívar y Santander (1821-1828)

“...todo grande hombre es como un relámpago del cielo. Los demás lo esperan como combustible, que él enciende y convierte en llamas”

Carlyle²⁰

Es notorio el realismo de Bolívar cuando escribió en la Carta de Jamaica de 1815:

¹⁷ Ibid., 216.

¹⁸ Ibid., 203.

¹⁹ Hay que aclarar, para hacer justicia, que el bolivarianismo de Gutiérrez Girardot no lo inscriben en la vieja historiografía. De hecho, Gutiérrez, sin ser historiador, pero sí filósofo, crítico de literatura y sociólogo, siempre fustigó los métodos retrógrados de la Academia Colombiana de Historia, que para él era un templo de los santanderistas. Gutiérrez acusaba a Germán Arciniegas de ser anticomunista e impedir el estudio de la *nueva historia* y el aporte de Marx a la sociología y a la historia en general. Y valga aclarar que Gutiérrez no era comunista.

²⁰ Carlyle, Thomas, *Los héroes*, 99.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; *más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América*²¹.

Si bien todo lo que menciona Bolívar es cierto, hay que resaltar aquello de los “intereses opuestos”.

El texto es supremamente realista porque para la fecha ya se habían vislumbrado las consecuencias nefastas que la guerra entre centralistas y federalistas habían ocasionado en la mal llamada Patria Boba, un conflicto que se había incubado, en realidad, desde el siglo XVIII, cuando empezó a transformarse la “ciudad hidalga” en una “ciudad criolla”, esto es, cuando el viejo patriciado español empezó a ser desplazado en lo económico por una naciente “burguesía criolla urbana-ilustrada”, que en últimas, atizó la independencia. A estos cambios debe sumársele el crecimiento del sector mestizo, que, como ha mostrado Jaime Jaramillo Uribe, empezó a resquebrajar las viejas estructuras verticales implantadas por los españoles desde el siglo XVI²².

La Patria Boba (Luis López de Mesa la llamaba la “Patria Niña” por estar apenas en formación) presenta una complejidad que ha sido reducida por la “historia bachilleratesca”. Es así porque el tema del centralismo y el federalismo no se limita al enfrentamiento entre dos formas de organización político-administrativa. Es más que eso. En el fondo se trata de una tensión de “intereses opuestos”, especialmente económicos. El centralismo de Antonio Nariño aglutinó a tenderos, comerciantes, pequeños artesanos, empleados coloniales, etcétera, que querían una economía más dinámica, un ejecutivo fuerte y una administración para su crecimiento económico; mientras, los federalistas que representó Camilo Torres estaban compuestos por los grandes hacendados y terratenientes, lo mismo que por los diferentes “doctores-abogados” de los cabildos locales, que en el *Memorial de agravios* de 1809 habían exigido —gracias a su vocero— igualdad con los españoles para ejercer el gobierno y los distintos cargos. Los primeros abogaron por el centralismo porque “un derecho y una administración centralizada han sido en todo tiempo y lugar

²¹ Bolívar, Simón, *Escritos Políticos*, 81.

²² Jaramillo Uribe, Jaime, *Ensayos sobre historia social colombiana*, 167.

necesidades mercantiles²³; “Al contrario, los intereses y las normas de conducta de los hacendados los impulsaron hacia la búsqueda de las autonomías provinciales, que les garantizaban el control de la vida política local, ya sin el embarazo de las gentes y oficiales del rey”²⁴. Éste era el cuadro social de la Patria Boba, un cuadro que no era uniforme, pues algunos españoles, comerciantes peninsulares, llegaron a apoyar a Nariño, lo mismo que a algunos hacendados involucrados con el comercio de carnes, tal como Luis Caycedo y José María y Jorge Lozano de Peralta. Igualmente, al principio de la contienda entre las Provincias Unidas y el Estado de Cundinamarca, los peones y minifundistas apoyaron a Nariño y luego fueron cooptados por el federalismo. El asunto es claro: los criollos burgueses querían mantener el control de la ciudad, sus redes de comunicación, sus políticas fiscales, mientras que los federalistas creían que el centralismo podía significar un mero reemplazo de las autoridades españolas que necesariamente iría en contra de las autonomías regionales. Eran temores mutuos e intereses propios y opuestos los que causaban la disgregación en un momento donde la lucha contra España era fundamental.

Éste es, someramente descrito, el “cuadro social” de la Patria Boba, un cuadro social pretermitido por la historiografía escolar y que se volvería más complejo después de la Independencia, cuando la ciudad criolla es sustituida por la ciudad patricia (para usar las expresiones de José Luis Romero) y las tensiones entre el campo y la ciudad aumentan.

Cuando Bolívar escribió la *Carta de Jamaica* muchas cosas habían pasado. Esto le permitió al Libertador tener una mejor apreciación de la situación en estos reinos. Por eso insistió hasta el final de su vida en la unidad de América. Con todo, fue la realidad que Bolívar describía en 1815 la que posteriormente se agravó y la que, en últimas, llevó al fracaso su ideal. Es así, pues después de la independencia otro grupo social ascendió: los militares. Ellos habían participado en las guerras de independencia y Bolívar había utilizado a un gran número de gentes, entre ellos esclavos a los que les ofreció la libertad, así como a miembros de las llamadas “castas” o “pardos”. Gran parte de quienes participaron al lado de Bolívar ya eran personas poderosas en sus regiones y otros ascendieron rápidamente, logrando prestigio y posición dentro de la comunidad. Los militares fueron después grandes terratenientes y hacendados, nuevos ricos, o ricos recién venidos *que empezaron a jugar un papel importante en la*

²³ Guillén Martínez, Fernando, *ibid.*, 249.

²⁴ *Ibid.*, 250.

balanza del poder. Según José Luis Romero, muchos de quienes participaron en el ejército en América Latina ascendieron socialmente, otros se dedicaron al asalto de caminos y al bandidaje, lo mismo que a servir a cualquier causa bajo el mando de un caudillo regional. Fue esa nueva composición social la que llevó al ascenso de la “*plebe rural*”: “Cada hacendado tuvo algunas vez la necesidad de intervenir en alguna contienda con ejércitos de *peones*, y en las luchas se destacaron algunos que no volvieron a su humilde condición originaria”²⁵. El ejército sirvió como canal de ascenso social.

Los caudillos regionales adquirieron gran poder, tenían gente a su servicio, peones, militares (o ellos mismos se convirtieron en militares), etcétera, y fue así como se originaron las guerras civiles que azotaron a Colombia y América Latina durante el siglo XIX. Este sector, en su mayoría, pasó a engrosar la *reacción* y el tradicionalismo que defendía intereses y privilegios coloniales. Como es de esperarse, obtuvo el apoyo del clero. Así se formaron nueva aristocracias que convivieron con las antiguas. Por otro lado, las tendencias más aburguesadas iban adaptándose a los cambios de la realidad internacional. Todo creó un clima tenso, conflictivo, poco propicio para una verdadera emancipación. Entonces, el fracaso del proyecto de Bolívar debe ser explicado en este contexto. Asimismo, para ser justos, el fracaso de Bolívar en Colombia, y los hechos posteriores a 1826, no son responsabilidad única de Santander y su partido; aquí también fue determinante la composición social de grupos venezolanos y peruanos.

Es en este contexto donde aparece la figura de Francisco de Paula Santander, quien en 1810 inició una brillante carrera militar, que hacia 1819 ya lo tenía al lado de Bolívar participando en las batallas finales de independencia de la Nueva Granada: “Bolívar le otorgó a Santander el 16 de julio de 1818 la Estrella de los Libertadores de Venezuela, y el 12 de agosto siguiente lo ascendió a general de Brigada”²⁶. Santander había nacido en Cúcuta en 1792, una región importante para el Virreinato y que sería el lugar donde en 1821 se creó la Constitución sobre cuya reforma estuvieron enfrentados los sectores que apoyaron a Bolívar y a Santander.

Santander no fue, desde luego, “el más mediocre de los latinoamericanos que viajaron a Europa en el siglo XIX”. En su juventud se interesó por el estudio del derecho, estudios que fueron fundamentales toda su vida, ya como vicepresidente de la República, presidente, o crítico del gobierno de turno. Los

²⁵ Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, ibid., 213.

²⁶ Cruz Santos, Abel, ibid., 12.

estudios del derecho de Santander, así como el amor casi obsesivo que adquirió por la legislación, el respeto de los procedimientos, los procesos jurídicos, las formalidades; su apego a las Constituciones y las instituciones, etcétera, son aspectos psicológicos fundamentales para entender su “relación conflictiva” con Bolívar y, como se sabe, su ruptura final, una “relación conflictiva” que puede ser rastreada a partir de 1821.

En 1819, tras la independencia, en Angostura se proclamó la República de Colombia, conocida posteriormente como la Gran Colombia. Dice David Bushnell²⁷ que de hecho la unión con Venezuela ya estaba dada para la época, pues ambos ejércitos habían combatido juntos y reconocían el mando único de Bolívar. Sin embargo, faltaba la liberación del Perú y el Ecuador. En ese momento la Nueva Granada y Venezuela tuvieron administración propia, y la organización definitiva, mientras se daban las batallas finales, quedó aplazada para un congreso constituyente. Este congreso se llevó a cabo en 1821 y es conocido como el Congreso de Cúcuta. En él, dice Bushnell, hubo restricción para gran parte de la población, exceptuando al ejército revolucionario que pudo participar. *Esto les empezaría a dar ventajas a los militares*. Tampoco pudo participar Caracas, aunque sí otras provincias de Venezuela, al igual que Ecuador. Ello se debió a que todavía se encontraban bajo el yugo realista. La no participación en pleno de Venezuela traería problemas gravísimos en los próximos años y desembocaría, en últimas, en el levantamiento del general José Antonio Páez en 1826. Con todo, los diputados que participaron dieron el visto bueno a lo pactado en Angostura en 1819²⁸.

En la Constitución de Cúcuta de 1821 se puso en discusión el viejo problema entre el federalismo y el centralismo y la pregunta sobre cuál sería la mejor forma administrativa para organizar la Gran Colombia. Debido a que el federalismo había mostrado en la propia Venezuela, hacia 1812, su inviabilidad frente a la guerra contra España (lo mismo había sucedido en la Nueva Granada), *el Congreso optó por el centralismo*. Era, de todas maneras, la forma que Bolívar y Santander, y sus seguidores, preferían²⁹. Esto no desmiente, de todas formas, que Santander tenía vínculos con las aristocracias hacendadas y terratenientes de

²⁷ Cito a este colombiano norteamericano porque sus apreciaciones sobre los hechos ocurridos en esta época me parecen despojados del partidismo y el sectarismo que invadió la historiografía colombiana desde el siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX.

²⁸ Bushnell, David, “El experimento de la Gran Colombia”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Historia* 2, 118-119.

²⁹ Cruz Santos, Abel, *ibid.*, 42.

Cúcuta, Tunja, Boyacá y Cundinamarca, emparentadas con las altas oligarquías santafereñas. Desde sus inicios Francisco de Paula Santander estuvo rodeado de los federalistas, tal como ha mostrado Guillén Martínez en su ya citado libro *El poder político en Colombia* (libro en el cual hace un análisis de la composición social de los ejércitos de la Nueva Granada y de Venezuela)³⁰, pero hacia los años veinte defiende la Constitución centralista de Cúcuta.

En la Constitución quedó una cláusula donde este centralismo sería puesto a prueba durante diez años y luego se reconsideraría si era o no la mejor forma para gobernar a Ecuador, Venezuela y la Nueva Granada. *Esta cláusula fue motivo, en los años siguientes, de sendas disputas entre los distintos sectores de la Gran Colombia y uno más entre el conflicto Bolívar-Santander*. Por lo demás, en esta Constitución el presidente y el Congreso serían elegidos por “asambleas electorales” (no por todo el pueblo) y contemplaba además el voto condicionado por la propiedad y los ingresos.

En este Congreso se eligió presidente a Bolívar y la elección para vicepresidente la disputaron Antonio Nariño y Santander. Nariño, que ahora era federalista, fue derrotado por Santander, 38 votos contra 19. El vicepresidente no contaba con 30 años aún y causaba recelo entre los políticos y caudillos debido a su prodigioso ascenso a la notoriedad y a su cercanía con Bolívar. Allí pronunció Santander en su discurso una frase que se volverá popular y que sirve para explicar sus posteriores conflictos con Bolívar: “La Constitución hará bien como lo dicta, pero si en la obediencia se encuentra el mal, el mal

³⁰ Guillén Martínez, Fernando, *ibid.*, 272. En Colombia, según Guillén, el ejército estuvo formado de dos formas: inicialmente por lo que él llama el “hacendado-general”, en cuyas filas militaban hacendados-doctores y terratenientes que incluso habían conformado una guerrilla para luchar contra los españoles, tal el caso de Vicente y Ambrosio Almeyda. La hacienda luchó contra el poder político-militar de Morillo. Estas fuerzas contaron con hombres como José Hilario López, Tomás Cipriano de Mosquera, Antonio Ricaurte y el propio Santander. Ellos arrastraron tras de sí a los campesinos, no por sus dotes castrenses, sino por el poder social previo que les confería el modelo hacendatario de adscripción social. Por otro lado, Bolívar incorporó al ejército a este tipo de hacendado-general, pero incluyó a “modestos propietarios de tierras o descendientes de comerciantes medianos, cuya única oportunidad de movilidad social era la pertenencia a los cuadros militares, donde les esperaba una carrera de ascensos sucesivos y rutinarios, pero seguros” (*ibid.*, 270-271). Estos últimos pueden ser llamados “generales-regulares” que lograron el ascenso partiendo desde lo más bajo. Entre ellos está el general Melo, quien dio el golpe en 1854. Por su parte, en la Venezuela de las *aristocracias territoriales y comerciantes*, parte del ejército vencido por la Reconquista española estaba conformada en sus mandos altos por la aristocracia venezolana; y en los Llanos, junto al general Páez se aglutinaron los mulatos y pardos, que finalmente Bolívar pudo poner bajo su mando, y así se logró la independencia. Todo esto explica cómo los militares adquieren poder e influyen en la estructura social de la época, agravando el viejo problema de centralismo y federalismo e incidiendo en la “relación conflictiva” entre Bolívar y Santander.

será”. Es decir, aquí se entrevé su apego a los mandatos constitucionales, un apego que hoy causa estupor, pues pone el derecho positivo por encima de la justicia, pero que en la época, tras la influencia de la Revolución francesa, veía al Congreso como omnipotente e infalible, por lo tanto había que obedecer la “voluntad general”, la voluntad del pueblo, que no era toda la “canalla”, como ya se podrá haber notado.

Tras la batalla de Carabobo el gran Bolívar, ya cargado con las glorias que nadie le quitaría, emprende su viaje al sur para continuar con la campaña en búsqueda de la libertad del Ecuador y del Perú. La primera la logra en 1822, con la batalla de Pichincha y, la segunda con las batallas de Junín y Ayacucho, en 1824. Con todo, antes de ir al sur Bolívar había pedido permiso al Congreso y dejado encargado del gobierno de la Gran Colombia al general Francisco de Paula Santander. Este hecho es de suma importancia para el objetivo de este ensayo, porque permite entender el inicio de las diferencias entre los dos próceres y las razones por las cuales poco a poco la Gran Colombia se desintegraría.

Con Bolívar en el sur Santander tuvo que “organizar la victoria”. Eso implicó que el Hombre de las Leyes debía surtir logísticamente a Bolívar para que el Libertador lograra la Independencia definitiva respecto de España. Estos momentos fueron tensos. El general Santander debía proveer de hombres y recursos a Bolívar, pero todo lo tenía que tramitar con el Congreso de Colombia, lo cual no era fácil dado el lamentable estado financiero del reino. Por su parte, Bolívar no comprendía muy bien de estos asuntos y llegó a pensar que Santander deliberadamente quería estropear sus actividades militares. El asunto era meramente burocrático, y Bolívar detestaba toda esa tramitomanía. Como ha manifestado David Bushnell en su clásico libro *El régimen de Santander en la Gran Colombia*: “No hay pruebas de que Santander hubiera dudado en ningún momento de la importancia que tenía para Colombia terminar la guerra del Perú”³¹. De todas formas, el asunto era delicado porque la autorización legal aplicaba para formar ejércitos dentro de Colombia y no para liberar otro país. Esa era competencia del Congreso y Santander no lo podía hacer. Santander estaba también maniatado y debía someterse al Congreso, el cual tardaba en reunirse. A Bolívar le molestaba todo esto. Esa es la razón por la que él quiso ser un militar, un ciudadano más, y no el encargado directo de gobernar el país. Su espíritu era el de la guerra, él no había nacido para nada más, mucho menos para postrarse tras un escritorio a solucionar múltiples asuntos administrativos. Era un hombre de acción, principalmente. Esto es claro en una carta que escribió Bolívar en 1821, donde dice:

³¹ Bushnell, David, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, 95-96, 98.

[...] estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar a Colombia, no conociendo ningún género de administración. Yo no soy el magistrado que la República necesita para su dicha; soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo, o en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio [...].

El 3 de octubre de 1821 expresó:

Entonces, señor, yo ruego ardientemente, no os mostréis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden a grandes gritos que no sea más que ciudadano. Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistratura: la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado³².

Bolívar finalmente liberó a Ecuador, Perú y Bolivia e incluso pensó en una confederación entre estos dos últimos países con Colombia. Él contaba con alguien que fue fundamental para sus logros en el sur, el mariscal Antonio José de Sucre, quien fue asesinado en 1830, probablemente por maniobras de José Hilario López y José María Obando, ambos caudillos regionales que se rebelaron en sus terruños. Santander le proveyó diligentemente todos los recursos necesarios a Bolívar durante sus 6 años de permanencia en el sur. Para eso se vio obligado a recurrir a un polémico empréstito por \$30.000.000 con los ingleses para financiar sus hazañas militares —y otros gastos nacionales— y por el cual se llegaron a levantar suspicacias por su presunto uso irregular.

En esta época el gobierno se ejerce desde Bogotá en cabeza del vicepresidente Santander, quien queda ejerciendo las funciones de ejecutivo. Fue aquí cuando a sus ligeras desavenencias con Bolívar —quien frecuentemente hacía nombramientos (como el de Bernardo Monteagudo en Méjico) o daba ascensos que competían al Congreso, lo cual molestaba sobremanera a Santander— se sumaron los problemas con Venezuela. Al general Páez, el León de Apure, le molestó profundamente el cargo que quedaba ejerciendo Santander, pues él quedaba sometido a alguien de menor rango militar. Páez había sido clave para el proceso de independencia y gracias a él y a su ejército de “pardos”, se había unificado el ejército del Llano responsable de los triunfos contra los realistas.

³² Bolívar, Simón, *Doctrina del Libertador*, 136.

Así empezaron los problemas entre Páez y Santander. Además, el traslado del gobierno a Bogotá causó malestar en Venezuela: “Varios próceres de Caracas miraban con ceño la nueva Constitución, que reducía la capital de Venezuela a una ciudad de segundo orden y que apartaba el centro del gobierno a larga distancia”³³. Esto implicaba para los venezolanos que Caracas quedaba convertida en una ciudad de provincia. Además, agravaba la situación el hecho de que las autoridades eran nombradas desde Bogotá. Todo esto llevó a que en Venezuela se levantara una ola de continuas protestas contra el centralismo de la Constitución de Cúcuta, protestas publicadas en el periódico *El Venezolano*.

Hacia 1825 se expidió un decreto sobre conspiraciones dictado por Santander que establecía la pena de muerte para “las personas autores principales o directores de un conspiración a mano armada contra la independencia y la libertad de la República, bien a favor de España o de cualquiera otra nación extranjera”³⁴. Frente a este decreto, la Municipalidad de Caracas redactó un pliego de objeciones legales. Es obvio que el decreto de Santander iba encaminado a restar las posibilidades de que se produjeran nuevos levantamientos contra la autoridad central, pero a la vez, buscaba proteger la independencia de estos países. Venezuela arguyó que el decreto sobrepasaba la competencia del ejecutivo, perteneciendo, más bien, al Congreso. Esas objeciones se convirtieron, como dice Vázquez Carrizosa, en verdaderos panfletos contra el Gobierno central. Son estos hechos los que llevaron al levantamiento de Páez en 1826, después de que se le habían levantado cargos en Bogotá por extralimitar sus funciones y por actos que eran clara muestra de rebeldía. Esa rebelión es apoyada también en Valencia y fue comandada por Páez, ahora proclamado comandante del ejército.

En su clásico libro *Bolívar* (1950) el historiador Indalecio Liévano Aguirre, popular en Colombia por su biografía de Núñez y su monumental *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (1959-1960)³⁵, ha puesto

³³ Vázquez Carrizosa, Alfredo, *ibid.*, 47.

³⁴ *Ibid.*, 48-49.

³⁵ Mario Arrubla, ya citado, considera a Liévano Aguirre como un representante de la nueva historia en Colombia; con todo, esto es cuestionado por otros autores, entre ellos Mauricio Archila, quien ha puesto de presente la relación que en Liévano hay entre política e historia. Para Archila, Liévano tendió a construir héroes y a ocultar hechos para proteger a sus personajes egregios (Núñez, Bolívar, etcétera); asimismo, resaltó valores de los personajes que en realidad eran valores defendidos por Liévano-político (2007:255-278). Por mi parte, considero que si bien en Liévano confluyen política e historia, su historiografía deja de ser tradicional, pues el gran acervo documental y, en especial, su atención a problemas propios de la historia social y económica, su interés por los grupos sociales y

de presente un problema fundamental que la historiografía superficial ha reducido bajo los términos de “militarismo” y “civilismo”. Este problema fue el que salió a flote en el conflicto de Santander con Páez. En efecto, desde que Bolívar estaba en el sur, Santander siempre quiso limitar el poder de los militares en la Nueva Granada y en Venezuela. Él quiso eliminar sus abusos y sus fueros ante la justicia. Desde luego, esto molestó a las fuerzas castrenses, entre ellas, las venezolanas. Y Páez pertenecía a esas fuerzas, junto con gran parte de los generales que rodeaban a Bolívar y que desde luego, éste valoraba. Dice Liévano: “Pero la inmensa popularidad de que gozaba Páez, y sobre todo el anhelo general de reformas que existía en Venezuela, no tardaron en demostrar a Santander que tanto Bermúdez como Urdaneta no llegarían nunca hasta comprometerse en una guerra abierta contra el llanero”³⁶. Es decir, Santander está seguro de dos cosas: del prestigio, el poder y también el peligro que representaba Páez para el Gobierno central y el posible apoyo que éste podía eventualmente recibir de fuerzas castrenses igualmente resentidas por el trato que el gobierno civil había dado a los militares y sus privilegios. Por eso no enfrentó directamente a Páez y con gran táctica dejó el problema en manos de Bolívar. Pero el hecho de que Santander no haya restablecido él mismo el orden no quiere decir que se desentendiera del asunto. Le exigía a Bolívar reprimir fuertemente la rebelión en Venezuela y concomitantemente dejar intacta la Constitución de Cúcuta de 1821, la cual sólo podía ser reformada en 1831. Santander quería evitar la reforma constitucional que hubiera beneficiado a los federalistas de Venezuela; en últimas, quería proteger la Carta Fundamental que desde 1821 tanto había molestado a los intereses de Caracas y otras provincias.

Bolívar está en el sur y debía regresar a la Nueva Granada para solucionar el problema con Venezuela. Pero antes de mostrar cómo se dio el desenlace de estas tensiones, es preciso hablar de la Constitución boliviana de 1826, una carta que el Libertador había creado para el Estado que llevaba su nombre: Bolivia. La Constitución de Bolívar fue creada con el fin de lograr *la estabilidad, la unidad y el orden*, aspectos que, como se sabe, son fundamentales desde el mundo griego. Para lograrlo, Bolívar ideó un proyecto donde la presidencia era vitalicia y la vicepresidencia hereditaria, tal como la llamó Santander. Es

sus respectivos intereses, etcétera, lo ponen en un nivel distinto al de la historia patrioter. Su libro sobre Bolívar puede ser una excelente muestra de cómo su visión profunda de los hechos, su mirada penetrante de la historia, se concilia con la simpatía que el historiador siente por el héroe de América.

³⁶ Liévano Aguirre, Indalecio, Bolívar, 371.

decir, el presidente gobernaba hasta su muerte y, fuera de eso, nombraba a su sucesor. Y frente a las tres ramas del poder definidas por Montesquieu, que a su vez tiene antecedentes en Locke, Bolívar agregó un cuarto poder: el electoral, el cual consistía en una institución que establecía colegios electorales en las regiones y provincias y estos colegios, a su vez, elegían jueces, magistrados, pastores y legisladores, es decir, aquí los ciudadanos estaban más cerca de la administración.

La Constitución de Bolivia fue uno de los detonadores en la “relación conflictiva” entre Bolívar y Santander. Para muchos granadinos la Constitución era una “monarquía disfrazada”, donde Bolívar dejaba entrever sus ambiciones y el deseo de ejercer el poder despóticamente. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, como siempre, las circunstancias que rodeaban a Bolívar. El Libertador, ante la anarquía social, la “oposición de intereses”, las tensiones entre diversos sectores y las regiones de América, etcétera, intentó un modelo que lograra la unidad del continente y la estabilidad, por eso en 1826 se reunió el Congreso Anfictiónico de Panamá, que tenía como fin “Formar la liga más vasta o más extraordinaria, o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra”, tal como lo analiza detalladamente el historiador Javier Ocampo López en su libro *La integración de América Latina*³⁷. Por otro lado, es posible que la frase de Rousseau en el Contrato social, donde afirma: “En virtud de las relaciones generales, hemos encontrado que la monarquía no es conveniente más que para los grandes Estados”³⁸, haya influido en su modelo. Si se buscaba unidad: ¿no sería una monarquía o una institución semejante más conveniente para la gran extensión de los territorios de Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia y Venezuela? Y de lograrse, ¿la confederación propuesta en Panamá no garantizaría la unidad de América, idea que Bolívar había expuesto ya en la Carta de Jamaica? La respuesta puede ser afirmativa.

Ahora, es claro que en la Constitución de Bolivia no se estaba creando una monarquía al estilo tradicional europeo, con cortes y nobleza, sino una especie de autocracia o monocracia que, al parecer del Libertador, estaba justificada por la gravedad de los hechos. Era a esa autocracia a la que temían sus contradictores políticos en la Nueva Granada. Al respecto hay que decir: al principio Santander fue, puede decirse, cauteloso en sus apreciaciones sobre el texto, pero el asunto se agravó cuando Bolívar regresó a la Nueva Granada, marchó a Venezuela, y no cumplió la promesa hecha a Santander de “arreglar

³⁷ Ocampo López, Javier, *La integración de América Latina*, 113-114.

³⁸ Rousseau, J. J., *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres. El contrato social*, 209.

el problema de la insurrección de Páez, en forma que garantizara el imperio de la Constitución sobre los territorios en revuelta y no significara la impunidad para los facciosos de Caracas y Valencia”³⁹. A su regreso Bolívar perdonó a Páez y a los facciosos, traicionando a Santander, quien, entre otras cosas, estuvo de acuerdo en implantar la Constitución de Bolivia en la Gran Colombia, pero como Bolívar faltó a su palabra, Santander se opuso abiertamente a la Constitución boliviana de 1826.

¿Por qué Bolívar perdonó la insurrección en Venezuela y traicionó a Santander, si el vicepresidente había acordado con él la implantación de la polémica Constitución de Bolivia para la liga suramericana que Bolívar había imaginado? El asunto es complejo. Bolívar sabía del poder de Páez, el cual, incluso, le había ofrecido, junto con algunos peruanos, la corona a Bolívar. Cuando Páez hizo tal ofrecimiento quería, sin duda, someter el poder de Santander, pero ahora no era necesario, pues Bolívar lo perdonaba, lo nombraba “Jefe superior de Venezuela” y “Salvador de la Patria”. Bolívar, en realidad, tuvo que ceder ante Páez. Bolívar no quería sacrificar la unidad que él había logrado con su heroísmo. Así se agravaron las cosas, pues Bogotá recibió muy mal el hecho de que Bolívar hubiera aceptado el quiebre de la Constitución y se llegó a pensar que ahora Bogotá sería una ciudad de segunda frente a Caracas. Agravaba la sospecha el hecho de que Bolívar y Páez eran venezolanos. Fue así como se dio la ruptura definitiva entre Bolívar y Santander, dándose paso al pulso de poder entre los partidarios de ambos en la Convención de Ocaña en 1828, la cual ante el avasallador predominio de los santanderistas y ante las maniobras de los seguidores de Bolívar al retirarse, produjo la disolución de ella. Luego Bolívar expide el decreto estableciendo la dictadura, *eliminando por decreto la vicepresidencia*, con lo cual dejaba a Santander sin poder alguno. Viene luego la conspiración del 25 de septiembre, en la que participaron políticos importantes en el futuro del país, entre ellos Florentino González y Mariano Ospina Rodríguez. Como se sabe, la participación de Santander nunca se pudo comprobar a pesar del esfuerzo de Rafael Urdaneta por encontrar pruebas en su contra. Según Liévano Aguirre y otros historiadores, Santander fue consultado sobre el atentado, al cual se negó, pero, con todo, no denunció el hecho⁴⁰. Santander es condenado a muerte, pero Bolívar le conmuta la pena por el destierro, del cual el Hombre de las Leyes regresa tres años después para asumir la presidencia de la República. Mientras tanto, Bolívar había muerto sin ver su

³⁹ Liévano Aguirre, Indalecio, *ibid.*, 378.

⁴⁰ *Ibid.*, 415.

gloria totalmente realizada y esperando que su muerte contribuyera a la “consolidación de la unión”, no sin antes haber sufrido una profunda desesperanza sobre la inigualable tarea que había realizado, desesperanza reforzada por la guerra de la Nueva Granada contra el Perú, guerra que se origina por intereses de las oligarquías peruanas que querían adueñarse de Guayaquil y en la que incluso llegaron a invadir parte del territorio colombiano; asimismo, José María Córdova había acusado a Bolívar de “pretender elevar un trono en Colombia, y se marchó hacia su tierra natal de Antioquia, tratando de conseguir apoyo en sus paisanos para derrocar la dictadura”⁴¹. Córdova era un antiguo bolivariano que también quería su república.

Bolívar, al final de sus días, escribió dos cartas que son significativas. Ellas reflejan su pesadumbre por la desintegración reinante. La primera a Juan José Flores:

Vd. sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros; 2., el que sirve a una revolución ara en el mar; 3., la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4., *este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas [...]*⁴²

En esta carta el pesimismo de Bolívar es extremo, pero como siempre, su genio, a pesar de su estado de ánimo, es totalmente profético: América se llenó de tiranuelos durante todo el siglo XIX e incluso, gran parte del siglo XX. La otra carta la escribió a su amigo Rafael Urdaneta el 16 de noviembre de 1830. Allí le dice: “Yo lo he visto palpablemente. Y el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos”⁴³. Tal vez Bolívar, al acercarse a su muerte, deseaba como todo mortal que deja este mundo, que se aboca a la disolución en la totalidad, buscar la reconciliación con la realidad toda y con sus semejantes; una reconciliación sólo posible con la corrupción, con la pérdida de la individualidad, tal como lo enseñó Anaximandro.

⁴¹ Guillén Martínez, Fernando, *ibid.*, 287.

⁴² Bolívar, Simón, *Escritos políticos*, *ibid.*, 169.

⁴³ Citado en Cruz Santos, Abel, *ibid.*, 93.

2.1 Bolívar y Santander: hacia una reconciliación histórica

Después de analizar, en la primera parte de este ensayo, los nexos entre la historiografía y el “caso Bolívar-Santander” y su “relación conflictiva”; luego de señalar las circunstancias socioeconómicas específicas y los *hechos concretos* que entre 1821 y 1828 llevaron a la ruptura a los dos próceres, queda preguntarse: ¿es posible seguir atados a una historiografía partidista que en lugar de unir a los colombianos los separa con clichés históricos que obedecen más a las pasiones que a un acercamiento a los hechos? ¿No es acaso posible mirar desde otro ángulo la relación entre Bolívar y Santander y en lugar de una oposición entre ellos —sin desconocer las distintas tensiones que existieron, como ya se mostró— verlos como un complemento que no sólo construyeron la Nueva Granada, sino que se constituyen en un ejemplo para las generaciones de hoy? Veamos.

En primer lugar, la vieja historiografía hay que dejarla en los anaqueles del olvido. Es un imperativo hoy. Esa historiografía feudalizó más al país y creó identificaciones que, en lugar de unir, escindieron a la población colombiana. Esa historiografía impidió un estudio serio de la realidad, convirtiendo el pasado en gloria de uno u otro partido, tal como todavía puede verse en la historiografía de Otto Morales Benítez. Es urgente, pues, reevaluar esa forma de acercarse al pasado, sobre todo ahora que *el Gobierno en su afán de crear nacionalismos patrioterios toma el tema de la independencia como instrumento ideológico para reafirmar su militarismo y para lo cual convierte la historia de nuevo en anécdotas, fechas y personajes heroicos*. Es decir, de nuevo la historiografía como “carta de batalla” contra la oposición, la izquierda y los disidentes del partido liberal. En su artículo *El debate de los historiadores* Rafael Gutiérrez termina preguntándose algo totalmente actual, que nos concierne: “¿hasta cuándo ha de fomentarse con métodos terroristas y fascistoides la mediocridad?”⁴⁴.

En segundo lugar, el “caso Bolívar Santander” debe verse desde otro ángulo, un ángulo conciliador que los sitúe con sus méritos y defectos en el río de la historia. Al respecto hay que decir lo siguiente:

En sus Lecciones sobre la filosofía de la historia universal Hegel sostuvo:

Los grandes individuos en la historia universal son, pues, los que aprehenden este contenido universal superior y hacen de él su fin; son los que realizan el fin

⁴⁴ Gutiérrez Girardot, Rafael, “El debate de los historiadores”, en *Aquelarre*, 58.

conforme al concepto superior del espíritu. En este sentido hay que llamarlos héroes⁴⁵.

Restándole el providencialismo de Hegel, eso fue Bolívar para la historia de América Latina, un hombre que inmerso entre una patria en ciernes se eleva sobre ella y proyecta una utopía más allá de su tiempo: la utopía de una América libre y unida, grande y majestuosa como ningún otro reino de la tierra. Bolívar es el héroe al cual la realidad le queda pequeña, el héroe que, como puede desprenderse de Carlyle, es el rayo que enciende el fuego en los otros hombres y los aglutina en torno a un fin común, superior, que traspasa la cruda realidad existente.

Cuando Bolívar describe con realismo efectivo la realidad de América en su *Carta de Jamaica*, sus sueños ya eran superiores a la realidad. De hecho, desde el juramento de 1805 esa grandeza de un hombre se alzaba sobre las complejas circunstancias. Pero la empresa no era fácil. Bolívar, en 1815, propuso la unidad de América en una América donde, precisamente, lo imperante era la desintegración, pues, ¿qué otra cosa indican las más de 15 Constituciones que entre 1810 y 1815 aparecieron en la Nueva Granada? ¿No era este pulular de Cartas Constitucionales —las de Cartagena, Cundinamarca, Tunja, Mariquita, etcétera— muestra de que cada uno quería tener y gobernar su terruñito, su pequeña republiqueta? Así era. Pero Bolívar no se conformaba con esto. Él quería superar esa desintegración y unificar los “intereses opuestos”. Por eso plantea una utopía en medio de una realidad totalmente contraria a sus propósitos. Asimismo, ¿los hechos ocurridos a partir de 1819 no testimonian, una vez más, que Bolívar seguía empeñado en su tarea precisamente dentro de una realidad aún no favorable a sus anhelos, pero que él quería encaminarla hacia sus sueños? Bolívar no se conformaba con la libertad de Colombia y Venezuela, quería liberar al Perú y al Ecuador, para así realizar y llevar a efectiva realidad lo que había vislumbrado en 1815. En 1819 la realidad inició una ruta que cada día contrariaba más los anhelos de Bolívar.

La partida de Bolívar al sur deja a la Nueva Granada en el aire: un territorio desunido, con facciones internas peleando por sus pequeños intereses, una crisis fiscal profunda producto, entre otras cosas, de la guerra de independencia. Es aquí cuando la figura de Santander y el papel que cumplió en esa Nueva Granada libre es fundamental. Ello lleva a que Santander pueda ser visto

⁴⁵ Hegel, G. W. F., *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, 91.

como un complemento de Bolívar, y no como alguien que frenaba los sueños del Libertador. *Mientras Bolívar liberaba el sur, Santander organizaba lo ya liberado*. El propio Bolívar era consciente de eso. Sabía que la independencia del sur era imperiosa para resguardar la libertad de Venezuela y la Nueva Granada. Santander también entendió eso, si bien algunas veces pidió el regreso del Libertador, no para que abandonara su empresa, sino para que solucionara aspectos importantes que sólo la autoridad que emanaba Bolívar podía endeerezar. Bolívar por su parte, reconocía la importancia de la obra que Santander adelantaba. Por eso en 1825 —cuando ya se habían presentado algunas tensiones entre ellos— le escribe a Santander:

El ejército en el campo y Vuestra excelencia en la administración son los autores de la independencia y de la libertad de Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos, y vuestra excelencia la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. Vuestra excelencia ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo esclavo puede ser libre⁴⁶.

Esta carta refleja muy bien lo que cada uno, Bolívar y Santander, eran. El mismo Cruz Santos dice: “Bolívar era la gloria, el ímpetu libertario, la maravillosa intuición. Santander encarna la libertad en el orden jurídico, la ideología, la responsabilidad”⁴⁷. Bolívar era principalmente un hombre de acción que odiaba, como ya se mostró, los escritorios y los oficios de la administración. Él no servía para esos oficios de oficinista. Su poderoso espíritu estaba más allá de los lugares fijos. Él gustaba de atravesar ríos, montañas y valles en pro de sus colosales objetivos. Santander, por su parte, tenía una poderosa mente para organizar la realidad y los distintos aspectos de ella. Si Bolívar hacía la labor grandiosa de liberar a los pueblos, en el caso de la Nueva Granada Santander hizo la compleja tarea de darle forma a una realidad caótica, de organizarla y racionalizarla. Tal vez Santander nunca leyó a Kant, pero al igual que el filósofo alemán sintió un deber moral de hacer lo que corresponde, y en el campo del derecho, de entender que la ley sirve para regular la libertad exterior. Sólo la libertad exterior hace posible la realización de la persona, del individuo, tal como puede entenderse si se mira la *Metafísica de las costumbres*, en la parte titulada “Principios metafísicos de la doctrina del derecho”.

⁴⁶ Cruz Santos, Abel, *ibid.*, 73. *Cursivas mías*, D. P.

⁴⁷ *Ibid.*, 74.

¿De dónde provenía la mentalidad jurídica de Santander? La respuesta es simple. De sus estudios de derecho y de la educación que había obtenido desde su estancia en el Colegio San Bartolomé. Después de 1820, cuando Bolívar lo había atraído para sí, le había traspasado su fuego, ese espíritu se robustece por las lecturas de las obras del filósofo inglés Jeremy Bentham, que Santander implementa en el país. En efecto, Bentham había publicado en 1802 su famoso *Tratado de la legislación civil y penal*, que hacia 1823 había sido traducido en España. Bentham era, para la época, una celebridad en Europa, y sus teorías jurídicas eran tenidas muy en cuenta en la Europa continental y en Inglaterra. Para lo que nos interesa aquí, la pregunta clave es: ¿cuál era el contenido de las teorías de Bentham que Santander aplicaba o tenía en cuenta?, ¿cómo recepcionaba Santander la obra del jurista y filósofo inglés? Santander poca atención prestó a la teoría moral o ética de la doctrina benthamista; su interés se centró en los aspectos racionales de la misma y su relación con el Estado y el derecho. En su monumental biografía de Santander, de 795 páginas, y la más completa, según la crítica especializada sobre el tema, escrita por Pilar Moreno de Ángel, se dice:

Santander, lector metódico y constante, había leído esta obra del utilitarista inglés. José Manuel Groot anotó: [...] Desde entonces el general Santander estudiaba la legislación de Bentham sin dejar el libro de la mano. En el despacho lo tenía siempre abierto sobre su pupitre y sólo lo hacía a un lado cuando los oficiales de la secretaría le llevaban a la firma resoluciones o despachos⁴⁸.

Es indudable que todo esto explica el religioso apego que Santander tenía por las leyes y su convicción absoluta de que la libertad —como lo reconoció Bolívar en la Carta de 1825 citada— sólo era posible a través de la ley. Esto implica reconocer que no hay libertad sin orden, que la libertad no es absoluta; implica comprender los límites de la libertad exterior de los individuos.

En cuanto al Estado y al derecho, ¿cómo aportaban las doctrinas de Bentham? En su fundamental *El pensamiento colombiano del siglo XIX* el historiador —de la nueva historia— Jaime Jaramillo Uribe sostiene:

El racionalismo formal de la teoría del Estado y la legislación de Bentham llegaba con oportunidad a la Nueva Granada y coincidía con las necesidades

⁴⁸ Moreno de Ángel, Pilar, Santander. Biografía, 327-328.

técnicas inmediatas de un Estado en reorganización, después de una guerra que había trastornado todo el aparato burocrático de la nación, y se acoplaba a los intereses, al sentimiento de la vida y al ethos que animaba a la naciente burguesía neogranadina, que en ese momento parecía ser el grupo de interés más activo. En efecto, la concepción benthamista de la legislación no era sino una de las expresiones de la racionalización del Estado moderno, en la medida en que todas las actuaciones de éste se supeditan a estos tres principios: economía, simplicidad y eficacia. En otros términos, no era sino un aspecto de la tendencia de la vida moderna a llevar al Estado las formas y sistemas de la economía capitalista, que de parte del Estado exigen una burocracia técnica y un sistema racional de legislación⁴⁹.

Todo esto explica por qué Bentham era fundamental para Santander. En primer lugar, para organizar jurídicamente una realidad caótica. Esto implica concebir el derecho como un instrumento para regular los más variados aspectos de la vida social; requiere, a la vez, una visión amplia y compleja de esa realidad, aspecto, tal vez, el más difícil, porque significa que se deben conocer muy bien las distintas circunstancias que se quieren racionalizar; en segundo lugar, la independencia de España derivaba como consecuencia lógica la superación de las viejas instituciones sociales, es decir, la superación de las trabas coloniales a la economía, trabas que afectaban al naciente sector burgués en la Nueva Granada, al cual Santander estaba adscrito. Esa misión, la de superar las instituciones económicas coloniales, sólo es lograda hacia 1850 en el gobierno de José Hilario López. La tarea que Santander inició en los años veinte y treinta, durante su gobierno, sólo sería realizada hacia mitad de siglo; en tercer lugar, sólo una legislación racional permitía avanzar en *instituciones y funcionariado* (al estilo de Weber) que suplieran las “necesidades técnicas” del nuevo Estado. Es todo esto lo que intenta Santander en sus años de vicepresidente. Como se sabe, son muchas las reformas que logra, aunque con resultados discutibles. Con todo, esas reformas apuntaban a la organización de la Nueva Granada. Es esta labor la que explica por qué al prócer se le llamó el “Organizador de la victoria”, el mismo que había dicho en 1821: “Las armas os han dado la independencia: las leyes os darán la libertad”.

A propósito de Bentham no está demás recordar aquí que la enseñanza obligatoria que Santander impuso en las universidades de su *Tratado de la legislación* generaría una polémica que duró en Colombia durante casi todo el

⁴⁹ Jaramillo Uribe, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, 181-182.

siglo XIX. Se llamó la “querrela benthamista”, y en ella participaron Ezequiel Rojas, José Eusebio Caro, Mariano Ospina Rodríguez y Miguel Antonio Caro. Los liberales defendieron el estudio de Bentham en las universidades. Es claro que los principios racionales y modernizantes de esta doctrina atraía a quienes querían acabar con las estructuras coloniales. Por su parte, los conservadores se opusieron a la doctrina porque consideraron que sus principios sobre la felicidad, la utilidad, el placer, etcétera, atentaban contra los dogmas de la moral cristiana. Esa disputa por Bentham ya se había reflejado en la Gran Colombia cuando Bolívar, al regresar del sur, emitió un decreto eliminando la enseñanza de Bentham, esa enseñanza que tanto defendía Santander.

Son muchas las reformas que Santander hizo para organizar la Nueva Granada. Entre ellas está —y acorde al espíritu de un Estado racional— la reducción de la alcabala o impuesto de ventas, que fue compensado con la tributación directa, la cual imponía un gravamen del 10% para los ingresos producidos por el capital o la tierra; asimismo, se eliminó la tributación indígena, aspecto que le daba igualdad a los aborígenes, quienes tenían que pagar, ahora, tributos que antes no pagaban. En este caso la cura fue peor que la enfermedad para los indígenas. También la ley de manumisión de la esclavitud de 1821 resultó ineficaz, porque otorgaba la libertad real de los nacidos sólo hasta cuando cumplieran 18 años. Esto quiere decir que ellos seguían siendo esclavos hasta esa edad. La realidad era que a muchos de los hacendados y terratenientes la abolición no les convenía del todo. Santander conservó algunos impuestos y modificó otros. Se redujeron tarifas de importación y de exportación para algunos productos; se abolieron los mayorazgos, una institución feudal que impedía la libre circulación de la tierra; se promulgó una ley que “abolía todos los monasterios de varones con menos de ocho miembros y les confiscaba sus bienes”⁵⁰. En este último caso las medidas ocasionaron tensiones entre Santander y la Iglesia (que en general estuvo más cerca de Bolívar), la cual tenía un amplio poder en sectores aristocráticos y en la masa popular; sin embargo, Santander entendía que en un Estado racionalizado la secularización era necesaria, por eso abolió también la Inquisición y confirmó el *patronato*, el cual le permitía al Estado controlar a la Iglesia y el nombramiento de sus funcionarios.

Santander intentó dinamizar la economía y crear un “Estado nacional”, por eso creó vías de comunicación, introdujo la “navegación a vapor por el río Magdalena”, proeza realizada por el germano-colombiano Juan Bernardo Elbergs; asimismo, en esta administración y en la de 1833-1837 se preocupó

⁵⁰ Bushnell, David, “*El experimento de la Gran Colombia*”, *ibid.*, 121.

por la educación pública, por eso fundó tres universidades: la de Quito, la de Caracas y la hoy Universidad Nacional de Colombia; igualmente, fundó colegios por todo el país. El historiador Javier Ocampo López dice que en 1833, en la segunda administración de Santander, existían 378 escuelas en la Nueva Granada, y al finalizar su periodo de gobierno, en 1837, existían 1050⁵¹.

Hay un punto que es fundamental poner de presente. Todas estas reformas se hicieron con una mentalidad liberal. El fundamento fue una ideología burguesa, tomada de Europa, y aplicada a una realidad social diferente. Jaramillo Uribe ha dicho que esos principios liberales se acogieron porque era la forma como los próceres podían fundamentar la independencia. Esto es cierto. Sin embargo, el problema que se creaba era grande: había una distancia enorme entre esos principios y la composición real de la sociedad granadina. De tal manera que todas las reformas liberales que se intentaban, entre ellas las económicas, chocaban con intereses de distintos grupos y sectores. Por ejemplo, la abolición de la esclavitud era una medida claramente liberal, pero la realidad social era que en la Nueva Granada existían terratenientes —en el Cauca y sus alrededores— a quienes esa medida no los favorecía. De tal suerte que quienes intentaron reformas no podía sobreponerse a la realidad, por eso Santander ha sido clasificado por el gran Nieto Arteta como promotor de un “liberalismo conservador”. Fue lo mismo que José Luis Romero llamó “conservadorismo liberal”. Ese conservadorismo liberal o liberalismo conservador es, pues, expresión de la lucha entre aristocracias hacendadas y “naciente burguesía”, entre tradición y modernidad y, también, aunque con matices que no es preciso exponer aquí, el “campo y la ciudad”. En la Europa del siglo XIX sucedía algo similar, según el sociólogo de la política Maurice Duverger.

En *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Luis Eduardo Nieto Arteta ha leído las medidas económicas de Bolívar y Santander bajo el dualismo reacción-revolución. Esto quiere decir que se intentaron medidas liberales que fueron cautelosas con el orden y con los diferentes grupos sociales. Era la manera como la realidad condicionaba las ideas. Por ejemplo, las medidas liberales tomadas en la administración Santander fueron diezgadas con el regreso de Bolívar, quien restableció impuestos y brindó concesiones retardatarias, que favorecían intereses de mentalidad colonial⁵². Todo esto es de suma importancia para entender las relaciones entre Bolívar y Santander y los grupos que estaban tras ellos y que veían defendidos sus intereses.

⁵¹ Ocampo López, Javier, “El Estado de la Nueva Granada”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Historia* 2, 149.

⁵² Nieto Arteta, Luis Eduardo, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, 83-84

Santander gozaba del apoyo de un significativo grupo de comerciantes y profesionales, en especial de aquellos que tenían nexos con el oriente de la Nueva Granada, su propia región natal, y de Antioquia [...]. Por otro lado, las élites sociales y económicas de Bogotá, Cartagena y Popayán tendían a alinearse más con Bolívar, quien al mismo tiempo, tenía el apoyo mayoritario de los militares, cuyos comandantes principales eran venezolanos como él, y de la Iglesia, que estaba preocupada por la asociación de Santander con el anticlericalismo incipiente. El apoyo del clero es, además, el eslabón más obvio entre la facción bolivariana y el posterior Partido Conservador colombiano⁵³.

Aquí encontramos aspectos relevantes. Quienes apoyaban a Santander provenían de regiones donde el modelo de la hacienda, como ha mostrado también Nieto Arteta, no fructificó como en el centro del país, es decir, de regiones pro-capitalistas como Santander y Antioquia. Esto no quiere decir que Santander no defendiera intereses de algunos hacendados que querían ingresar a la dinámica del capitalismo, mientras que quienes estuvieron al lado de Bolívar eran sectores más apegados a la tradición, entre ellos, el clero y el ejército, instituciones claramente conservadoras. Hay que anotar, además, que en la Nueva Granada quienes estaban con Santander tenían mucho el liderazgo de jefes militares venezolanos cercanos a Bolívar. Sin embargo, hay que reiterarlo, a pesar de estas afiliaciones no es posible la identificación total de bolivarianos y conservadores o liberales y santanderistas, como ya se mostró.

En realidad todo marchaba más o menos bien hasta 1826. En la Nueva Granada Santander había logrado estabilidad. El problema era con Venezuela. Y éste fue el punto detonante para la enemistad de Bolívar y Santander. Sólo que en este caso hay que entender los procesos sociales, antes que tomar partido acriticamente. Bolívar deja el sur y regresa a la Nueva Granada. Hace concesiones a Páez, un general altanero, consciente de su poder desestabilizador. Bolívar, para evitar una guerra civil con Venezuela, y para evitar la desintegración de lo que con tanto esfuerzo buscó mantener unido, favorece a los venezolanos y le incumple a Santander. Bolívar sacrificó realmente a Santander a cambio de la unidad de la Gran Colombia. Empero, podemos preguntarnos: ¿cómo puede

⁵³ Bushnell, David, “El experimento de la Gran Colombia”, *ibid.*, 135. Bushnell también aclara que la relación que ha hecho la izquierda entre Bolívar y los “sectores populares” es errónea, es parte de esa historiografía sectaria. Tanto Bolívar como Santander tuvieron sectores de clase baja en sus filas: Bolívar en el ejército y Santander en los pequeños comerciantes, artesanos de la ciudad. De hecho ambos tuvieron su popularidad entre la gente. Santander, por ejemplo, se vestía sencillamente para estar con el pueblo, mientras que Bolívar era ovacionado por sectores de distinta composición social.

valorarse esta medida de Bolívar? A mi parecer, *ingenua*. Ingenua porque la concesión hecha a Páez era muestra de que su proyecto de unidad era imposible en las condiciones reales de estos pueblos. La altanería de Páez, quien se dio el gusto de que el propio Bolívar lo fuera a buscar, ya que él dilataba la reunión, era el signo de que la unidad que pretendía Bolívar terminaba siendo un esfuerzo desesperado por mantener unido lo que claramente quería permanecer desunido. Páez también quiso mantener su propia “republiqueta” y Bolívar luchó contra ese deseo. En este caso, y a pesar de las buenas intenciones de Bolívar, Santander tenía razón, no sólo porque sentía que el hecho de que Bolívar fuera venezolano (Juan José Flores, encargado de Ecuador, y Rafael Urdaneta, futuro dictador de Colombia después de la muerte del Libertador, también lo eran), sino porque sabía que ese acuerdo era forzado. El propio Santander le advirtió a Bolívar que los venezolanos lo traicionarían y que él, en realidad, contaba fielmente sólo con la gente de la Nueva Granada. Santander tuvo razón: los venezolanos terminaron separándose, fundando su terruño y dando al traste con la obra tan difícilmente lograda por Bolívar. Esto lleva a reafirmar que son muchos aspectos los que ocasionan el fracaso de Bolívar en cuanto al tema de la unidad de América, no sólo las actuaciones de Santander, como sostienen algunos. Bolívar, además, no comprendía que el centralismo no se instauraba por decreto. No sólo se requiere una declaración, sino vías de acceso a todas las regiones, a todos los territorios; se requieren instituciones jurídicas que centralicen la administración; se requiere, en síntesis, una *unidad real*, unidad que Santander trató de lograr desde el punto de vista administrativo, pero que Páez saboteó. De tal manera que el centralismo que supuestamente se resguardaba con el trato que Bolívar hizo con Páez era un centralismo de papel. A mi parecer, Santander entendió esto y por eso a partir de 1827 defendió el federalismo e incluso llegó a malcomprender el levantamiento contra Bolívar en el sur.

Hoy, cuando se acercan los doscientos años de transcurridos estos hechos, se han dicho y se dicen muchas cosas de la relación entre estos dos hombres. Ahí están los historiadores para que den fe de ello. El profesor López de Mesa escribía en su libro *Bolívar y la cultura iberoamericana*: “Simón Bolívar —en cuanto héroe de la historia de América— nació en Cartagena del Caribe en 1812 y murió en Lima en 1826”⁵⁴. Esta aserción es parte de todo lo que se ha dicho. Tal vez sea cierta a medias, porque Bolívar no sólo es héroe para América por el *Manifiesto de Cartagena*, ni por terminar su carrera al redactar la Constitución de Bolivia (que para Mauro Torres y sus cambiantes interpretaciones

⁵⁴ López de Mesa, Luis, *Bolívar y la cultura iberoamericana*, 21.

sobre Bolívar sólo plasmaba legalmente sus deseos ocultos de ser Napoleón o de querer ser monarca o rey, deseos que “se los guardó”⁵⁵, sino por darle a estos pueblos una libertad exterior efectiva. Otra cosa es lo que los caudillos hicieron después.

Bolívar era, al decir de López de Mesa, una *libido imperandi*⁵⁶; también fue hipomaniaco (hiperactivo), frenético, egocéntrico⁵⁷, aventurero, poeta, megalómano, intuitivo, generoso, vengativo, heroico, sensual, tenaz, obcecado, imperioso, orgulloso, soberbio, maquiavélico⁵⁸ y mil cosas más que pueden inferirse de sus múltiples cartas, entre ellas, las que cruzó con Santander [Santander, 1990, especialmente desde el tomo III hasta el tomo VI (1820-1826)], pero todos estos defectos sucumben cuando nos detenemos y miramos hacia atrás para ver esa maravillosa empresa que realizó, faena que nos pone “por encima” de todos sus desarreglos, los cuales son propios, valga decir de paso, de todo genio. Bolívar y Santander construyeron a Colombia. El primero con las armas y sus ideales, el segundo con las armas y su portentosa mentalidad racionalizadora; Bolívar fue “el genio de la actividad, Santander lo fue del orden”, en este sentido fueron, más que una oposición, un *complemento*. Y lo es porque lo amorfo debe manifestarse como orden, debe adquirir contextura, líneas delimitadoras. Eso hizo Santander: darle forma a lo que Bolívar dejó en caos pero libre, libre incompletamente, si bien ninguno de los dos logró lo que hoy llamamos la “segunda emancipación”, esto es, la *decolonización* del pensamiento, la cultura, la ciencia, la política, la filosofía.

Para finalizar, hay que decir para quienes gustan de contabilidades, que no hay duda en que la obra de Bolívar, su grandeza, es inigualable, es superior no sólo a la de Santander, sino a la de los césares que tanto admiró Bolívar. A eso lo llevó su *libido imperandi*.

⁵⁵ Torres, Mauro, *Los partidos políticos han muerto*, 89.

⁵⁶ López de Mesa, Luis, *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, 154.

⁵⁷ Es famosa la confesión de Bolívar a Perú de Lacroix donde dice: “Dejemos a los supersticiosos creer que la providencia es la que me ha enviado o destinado a redimir a Colombia y que me tenía conservado para esto; las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones fue lo que me puso en camino: mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo hicieron seguir y me han mantenido en él”. Por lo demás, el Diario de Bucaramanga es de un interés psicológico fundamental para quienes deseen profundizar en la personalidad de Bolívar, lo mismo que el libro *Moderna biografía de Simón Bolívar* (1999), de Mauro Torres, y el citado texto *Bolívar y la cultura iberoamericana*, de Luis López de Mesa.

⁵⁸ Corsi Otálora, Luis, *Bolívar: impacto del desarraigo*, 29-47.

Bibliografía

- ARRUBLA, Mario, “Presentación”. En *Colombia hoy*. Bogotá: Siglo XXI, 1985.
- BOLÍVAR, Simón. *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.
- _____. *Escritos Políticos*. Madrid: Alianza, 1969.
- BUSHNELL, David. “El experimento de la Gran Colombia”. En *Gran Enciclopedia de Colombia*. Historia 2. Bogotá: Círculo de Lectores/Biblioteca El Tiempo, 2007.
- _____. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá: El Áncora, 1985.
- CARLYLE, Thomas. *Los héroes*. Madrid: Sarpe, 1985.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago y RESTREPO, Eduardo (comps.). *Genealogías de la colombianidad*. Bogotá: Instituto Pensar/Universidad Javeriana, 2008.
- CORSI OTÁLORA, Luis. Bolívar: *Impacto del desarraigo*. Bogotá: Tercer Mundo, 1983.
- CRUZ SANTOS, Abel. Santander. *El militar, el gobernante, el político*. Bogotá: Kelly, 1972.
- DANNHAUSER, Werner. “Friedrich Nietzsche”. En *Historia de la filosofía política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- DECLARACIÓN DE BOGOTÁ POR LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA Y DE EL CARIBE”. En Rafael Antolínez y Freddy Santamaría Velasco, *Memorias del XIII Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*, Bogotá, 2009.
- GONZÁLEZ OCHOA, Fernando. *Los negroides*. Medellín: Bedout, 1936.
- GUILLÉN MARTÍNEZ, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1996.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. “El Bolívar de García Márquez y su actualidad”. En *Tradicción y ruptura*. Bogotá: Mondadori, 2006.
- _____. “El debate de los historiadores”. En *Aquelarre*, vol. 4, núm. 8. Ibagué: Universidad del Tolima, 2005.
- HEGEL, G. W. F. *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Madrid: Revista de Occidente, 1974.
- JARAMILLO URIBE, Jaime. *Ensayos sobre historia social colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1968.
- _____. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Planeta, 1996.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. *Bolívar*. La Habana: Ciencias Sociales/ José Martí, 2005.

- LÓPEZ DE MESA, Luis. *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. Medellín: Bedout, 1970.
- _____. *Bolívar y la cultura iberoamericana*. Bogotá: Tercer Mundo, 1984.
- MORENO DE ÁNGEL, Pilar. *Santander*. Biografía. Bogotá: Planeta, 1989.
- NIETO ARTETA, Luis Eduardo. *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Banco de la República/El Áncora, 1996.
- NIETZSCHE, Friedrich. *De la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: EDAF, 2000.
- OCAMPO LÓPEZ, Javier. “El Estado de la Nueva Granada”. En *Gran Enciclopedia de Colombia*. Historia 2. Bogotá: Círculo de Lectores/Biblioteca El Tiempo, 2007.
- _____. *La integración de América Latina*. Bogotá: El Búho, 1991.
- PACHÓN SOTO, Damián. *Ensayos de filosofía del derecho. De Andrés Bello a Friedrich Nietzsche*. Bogotá: Universidad INCCA de Colombia, 2008.
- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1999.
- _____. *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001.
- ROUSSEAU, J. J. *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres. El contrato social*. Barcelona: Orbis, 1985.
- SALAZAR RAMOS, Roberto J. “Romanticismo y positivismo”. En *La filosofía en Colombia*. Bogotá: El Búho, 2001.
- SAÑUDO, José Rafael. *Estudios sobre la vida de Bolívar*, segunda edición. Colección Lista Negra. Bogotá: Planeta, 1996.
- TORRES, Mauro. *Los partidos políticos han muerto*. Bogotá: Ecoe, 2000.
- VÁZQUEZ CARRIZOSA, Alfredo. *El poder presidencial en Colombia*, tercera edición. Bogotá: Suramericana, 1986.